

CAMPO MINADO. UNA REFLEXIÓN SOBRE LOS BALCANES

PALOMA GARCÍA PICAZO

RESUMEN

Este artículo, concebido desde el punto de partida que es la provocativa obra del escritor austríaco P.Handke, es una reflexión desde la distancia sobre "las guerras de los Balcanes", término genérico que comprende, en realidad, a lo acontecido en la antigua Federación Yugoslava -y naciones aledañas- desde la caída del Muro de Berlín y en el contexto general de una Europa en mutación. La desmembración de un Estado implica preguntarse por las condiciones que conducen a ello. El temible término *autodeterminación*, utilizado de un modo oportunista y equívoco por muchos, es planteado y analizado aquí en su dimensión histórica. En cualquier caso, lo que se intenta subrayar es que no existe equivalencia entre la *autodeterminación* y la *secesión*. Junto con diversas reflexiones, enunciadas en un tono personal y directo, este artículo propone la búsqueda de valores comunes en el rico mundo de la espiritualidad religiosa, despojada de connotaciones e instrumentalizaciones nacionalistas y violentas.

CAMPO MINADO. UNA REFLEXIÓN SOBRE LOS BALCANES

PALOMA GARCÍA PICAZO^(*)

SUMMARY

This article, conceived from the starting point which is the shocking work of the Austrian writer P.Handke, is a reflection, taken from an initial and formal detachment but with a significant personal involvement -which is expressed in a very personal style- about "the wars in the Balkans", comprehensive term which means, really, the things happened in the old Yugoslavian Federation -and close territories- since the fall of the Berlin Wall, into the wide context of a changing Europe. A State's disintegration implies asking about the conditions which lead to it. The frightening term selfdetermination, used by many in an opportunistic and ambiguous way, is issued and analyzed here in its historical dimension. Anyway, what is intended to point out clearly is that selfdetermination and secession are not synonymous. Besides various reflections, exposed in a personal and direct style, this article proposes the search of common values into the rich world of the religious spirituality, formally free from its nationalist and violent implications and misuses.

^(*)Profesora Titular de Universidad (UNED). Relaciones Internacionales.

Y a la vista del Drina pensaba yo, y pienso ahora aquí también, junto a la mesa de trabajo: ¿mi generación, con las guerras de Yugoslavia, no ha dejado pasar la ocasión de hacerse adulta?

Peter HANDKE, *Un viaje de invierno a los ríos Danubio, Save, Morava y Drina o Justicia para Serbia* (Madrid, Alianza, 1996, pp.133-134).

Es éste un escrito imposible y, sin embargo, el único posible, en mi caso. Lo escribo embargada por serias dudas sobre si será publicado en vista de este tono personal, pero -lo digo sin la menor arrogancia- esto ya no me importa. Me comprometí a redactarlo el pasado mes de julio, a raíz de un curso que impartí sobre un tema recurrente en mis estudios, "la idea de Europa".

En la idea y en la realidad de Europa están comprendidas, desde sus propios fundamentos, la idea y la realidad de una de sus partes sustanciales: eso que [des]-conocemos como "los Balcanes". Deseo subrayar que cuando empleo la palabra "sustancial" lo hago con plena conciencia de su significado: la *sustancia* de algo alude a su naturaleza más íntima, densa y profunda, aquéllo sin lo cual ese algo no podría existir materialmente. Concibo a Europa como a una *unitas multiplex*, una unidad múltiple que, por esa misma razón, es inconcebible si se ignoran sus partes. Lo que yo entiendo por Europa se *revela* y se *desvela*, en gran medida, en los Balcanes. Un lugar común de la filosofía, revivificado por Martin Heidegger a principios del pasado siglo, es la *àlétheia*, la verdad, cuya búsqueda reviste siempre la forma de un desvelamiento, cuando no de una revelación. Este espíritu me guía ahora, después de un par de meses de estupor paralizado ante el texto que me comprometí a escribir.

Soy autora de algunos estudios sobre la realidad "balcánica". He tratado los diversos nacionalismos, siempre atendiendo a largos y complejos ciclos y procesos vinculados con la cultura, la lengua, la religión y, en menor medida, con la política, que entiendo como fenómeno más visible e inmediato, pero también más superficial. Confieso que, en un primer momento, me sentí tentada de recurrir a estos trabajos y componer, mediante un *ars combinatoria* por lo demás corriente, un articulito de esos que a veces son los que reciben una mejor acogida, quizá a causa de su tono "menor" y como divulgativo. Pero esto me parece indigno. Soy contraria a la publicación de textos de circunstancias, prescindibles desde antes de haber sido concebidos. Soy intolerante en este punto. Y, desde luego, lo soy principalmente conmigo misma. Es una cuestión de respeto. Como decía Blaise Pascal, "El respeto significa: incomodaos", enunciado que se completa así: "Ahora bien, si el respeto consistiera en estar en un sillón, se respetaría a todo el mundo, y así no se distinguiría a nadie. Pero, estando incomodado, se distingue muy bien." (*Pensamientos*, 80 (317-303)).

1. LA ILUSIÓN DE LA VERDAD O LOS INDEFINIBLES LÍMITES DEL ABSURDO

Escribo, pues, desde el respeto y la incomodidad. Creo que son la antítesis de ese "sillón", aludido de modo tan certero por el sutilísimo Pascal. Quizá no pase de ensartar obviedades -lo serán para los demás- que, en mi caso, revisten la cualidad de constituir, no "la verdad" (*àlétheia*), sino "mi verdad" sustantiva sobre los Balcanes, aquéllo que considero lo único que puedo y debo decir en este momento.

Este mismo verano del año 2001 -según el calendario gregoriano, que, como nadie ignora, es ajeno a las concepciones ortodoxas del tiempo y que no rige, por ejemplo, en la comunidad monástica del monte Athos- me encontré circunstancialmente con un doctor, de cuyo tribunal de Tesis Doctoral formé parte. Este joven doctor es un militar español, marino de guerra, destacado en Macedonia, de donde regresaba para volver al poco tiempo. Es una persona contenida y prudente, con una seriedad -incluso gravedad- notable. Me habló de Mostar. Me dijo que la situación, no divulgada como tal en los medios de comunicación, era -seguía siendo- terrible, que la violencia desatada este mismo año en Macedonia era tan intensa como la de un conflicto armado en toda regla. Por esos eufemismos aparentemente inexplicables -y que luego resulta que sí lo son- ahora no se habla de "guerra", sino de "conflicto", no ya sólo en referencia a los Balcanes sino a cualquier otro lugar del mundo. Parece ser que las indemnizaciones virtualmente percibibles por los afectados y que deben pagar las compañías de seguros tienen bastante que ver con ello. Se juega con cifras astronómicas en virtud de una simple -en realidad, complejísima- calificación y tipificación de un daño. Pero, ¿qué cabe esperar de una cultura que llama a la locura "desorden mental" y a los presos de la cárcel "internos de un centro penitenciario"? ¿Qué acciones y omisiones se pretenden justificar con tales enmascaramientos semánticos?

El militar español destacado en Macedonia me habló de una catástrofe climática en los Balcanes, tal vez debida a las devastaciones. La guerra ha trastocado el clima. Las temperaturas alcanzadas este último verano rondaban los cincuenta grados centígrados, en lugares de la costa mediterránea saturados de humedad. Impotente, la gente lo padece todo, conforme porque a ello no se agregan, como antaño, las arteras trampas de los francotiradores, la insidiosa asechanza del delator establecido y siempre protegido, la vesania de los grupos de militares y paramilitares enloquecidos por el odio. La agricultura es imposible, a causa de los campos sembrados de minas. La tierra se ha vuelto baldía y muere, bajo un clima inclemente, inútil del todo. El militar español señaló a los culpables de semejante barbaridad -tropas de fanáticos *muyahidines* a sueldo del conservadurismo islamista (no islámico en sentido estricto), que arribaron en supuesta ayuda de los bosnios musulmanes- y también me indicó el coste monetario de desarraigar cada artefacto, enterrado en campos que son las moradas de la muerte. No hay presupuesto, ni nacional ni internacional, capaz de lograr su erradicación. Y, sobre todo, no hay voluntad política *real* de hacerlo (salvo que asimilemos lo *real* a la *realeza* mitómana de los gestos de una Diana de Gales ya fenecida).

En los Balcanes la gente sigue desmoralizada y como perdida. Quedan, para sobrevivir, los negocios sucios, el trapicheo, el vagar de aquí para allá sin un

eje, ni vital, ni político, ni económico, ni cultural, al que asirse para encontrarle sentido a eso tan común y esencial para cualquier persona como es "la vida". Queda, sobre todo, el aturullamiento de un consumo frágil y como sujeto con alfileres, de bienes "occidentales" triviales, que representan una ilusión momentánea de normalidad. Para un joven de lo que fue Yugoslavia -sea croata, esloveno, bosnio, macedonio, albanés, serbio...- escuchar el último disco de Michael Jackson es encontrar la sintonía con un mundo ajeno, que le ignora, pero al que él quiere pertenecer siquiera desde el simple acto, de apenas unos minutos, que es una audición. Esto es algo que además constituye un rasgo esencial de la "cultura de la pobreza", caracterizada por un consumo insensato de bienes que parecen suntuarios -en un contexto de depauperación absoluta- y que constituyen el único símbolo de prestigio y felicidad en un mundo ya inhumano. La presencia de equipos audiovisuales de lujo en las *favelas* de Río de Janeiro o en las *chabolas* de Lima, enganchados ilegalmente a postes eléctricos municipales, es el ejemplo meridiano de ello. Esta cultura es, sin embargo, una "respuesta racional a las condiciones objetivas de impotencia y pobreza", como afirma el antropólogo Oscar Lewis, indicando a continuación que, una vez instalada, tiende a perpetuarse, y así lo recoge Marvin Harris (*Antropología cultural*, 1983). La locura de las "pirámides" financieras especulativas desatada en Albania en 1997 -también antes en Rumania, Serbia, Bulgaria y Rusia- denota, con meridiana claridad, otra faceta del mismo fenómeno.

2. ¿QUÉ LIBRE DETERMINACIÓN DE LOS PUEBLOS?

¿Qué Estado, qué sociedad, se asientan sobre tales estructuras? No seré yo quien niegue, desde mi pascaliana posición, la realidad de la existencia de Estados, sociedades y naciones en los lugares de los Balcanes donde hasta hace pocos años estuvo el país concebido como la patria de los eslavos del Sur, desmoronada quizá por esa misma razón. Han pasado ya los tiempos en los que los europeos -cierta clase de ellos- contemplaban con desdén a los denominados "pueblos sin Historia", que no eran tan sólo los que se colonizaban en América, Asia o África, sino muy principalmente aquéllos sometidos a los imperios del Centro y el Este de Europa en virtud de esa misma *Historia* escrita, siempre, por los vencedores. ¿Han pasado realmente esos tiempos?

El siglo XIX fue un siglo de búsqueda desesperada de identidades nacionales por grupos humanos constituidos románticamente como naciones y étnicamente como pueblos genuinos, provistos de culturas milenarias, valiosas lenguas vernáculas, costumbres y usos que no por ancestrales dejaban de ser los idóneos en muchos casos. Hans Kelsen y su intento de desentrañar la "norma originaria" (*Urnorm*) dentro de la maraña legal de lo que fue el imperio está estrechamente vinculado con esta realidad. Él sabía perfectamente que el derecho es condición esencial de la paz, en tanto que su respeto articula una convivencia ordenada sobre la base del principio de que no existe crimen sin castigo. Esto es parte de la desgracia de los Balcanes, el hecho de su reparto entre imperios que ejercieron sobre ellos el dominio más abyecto, el de la sumisión, la explotación y la negación de la realidad sustantiva de sus pueblos y naciones. Culpables fueron todos los imperios implicados, en cuya desintegración los nacionalismos jugaron -además de la Primera Guerra

Mundial- un papel decisivo (Robert Bideleux y Ian Jeffries, *A History of Eastern Europe. Crisis and Change*, 1998).

Trenzada sobre esta estructura ya histórica asoma otra, la de los dirigentes políticos actuales que, bien al socaire de una guerra concluida con el armisticio que fueron, en realidad, los acuerdos de Dayton (1995), bien a remolque de unas elecciones formalmente libres y limpias (*free and fair elections*, en la terminología de la ONU), han asumido la dirección política de unos Estados que, no se olvide, lo único que han ejercido es el derecho de sus pueblos a su libre determinación como tales, un derecho reconocido tanto por las Naciones Unidas como por la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa, la CSCE hoy convertida en OSCE, dos organizaciones internacionales de legitimidad incuestionable. Bien es verdad que el derecho de autodeterminación tiene límites y es, sobre todo, hijo de su tiempo, pensado para los pueblos sometidos a dominación colonial en África o en Asia. Pero no olvidemos que uno de los padres morales, quizá el más importante, de ese derecho, fue el presidente norteamericano Woodrow Wilson, que, dando forma jurídica al normativismo filosófico de Kant, intentó que la Primera Guerra Mundial no concluyera sancionando las pretensiones de anexión territorial de las potencias vencedoras. En su día Wilson propuso la revolucionaria medida de que fuesen los pueblos del Centro y el Este de Europa los que tomaran las riendas de sus destinos nacionales y así surgió la constelación de Estados europeos que definen el mapa político hasta hoy, con el paréntesis que supusieron los totalitarismos nazi y soviético. Uno de los problemas que presenta el derecho de autodeterminación es que se confunde, en términos generales, con la secesión, que puede ser uno de sus efectos, pero no el necesario o inevitable. En un proceso de autodeterminación puede muy bien suceder que un territorio y un pueblo expresen la voluntad de integrarse en un Estado, no la de separarse de él. La clave para entender la autodeterminación radica en el concepto y en la realidad efectivos de la democracia y ésta está indisolublemente asociada al respeto absoluto, exigente, exquisito, de los derechos humanos. Todo lo demás son consideraciones ociosas, oportunistas o falaces, cuando no las tres cosas a la vez.

En octubre de 1990 yo me encontraba en Viena. La prensa hablaba ya de "guerra en los Balcanes", en Yugoslavia. No recuerdo si se refería a la "pequeña guerra de Eslovenia", comentada por el escritor Peter Handke y que marcó el inicio de su autodeterminación como futura república independiente, o si lo mencionado era el inextinto conflicto de Kosovo, revivido en 1989, que enfrentaba a serbios ortodoxos y albaneses musulmanes, formalmente "socialistas reales" -es decir, comunistas de una especie particular- ambos. Pero la violencia ya se había desatado.

1990 fue un año de esperanza. Mijaíl Gorbachov, aún al frente de la aún vigente Unión Soviética, respetaba de forma escrupulosa los acuerdos de la CSCE, que, en su último encuentro en Viena, en 1989, recalcó el papel determinante de los derechos humanos en la construcción de un orden europeo justo, estable y legítimo. Se hablaba, con desmesura e ilusión, de una "Casa Común Europea", destruida en sus cimientos al poco tiempo. En el concreto apartado de la "cesta" de derechos humanos, según la peculiar denominación de la Conferencia, estaba el derecho de autodeterminación de los pueblos, utilizado precisamente para facilitar la reunificación alemana y la aterciopelada revolución aún checoslovaca.

Yo, entonces como ahora, me preguntaba: "¿Por qué derecho de autodeterminación para los alemanes reunificados y para los checos y eslovacos a punto de desunirse y no para los demás?" Sólo que en 1990 era imposible predecir nada. Aunque sí era posible pensar, sentir, adivinar, imaginar.

Quien aboga, como yo, por el derecho a la libre determinación de los pueblos (*¿Qué es esa cosa llamada relaciones internacionales? Tres lecciones de autodeterminación y algunas consideraciones indeterministas*, 2000) no defiende ni la secesión, ni la violencia, ni la guerra, sino la integración, el respeto y la paz, desde fundamentos filosóficos puros, enunciados por Emmanuel Kant a finales del siglo XVIII y ampliados en el siglo XX por Norberto Bobbio. Mi visión de la autodeterminación no es holista (preeminencia del todo sobre las partes) sino individualista (precedencia de las partes sobre el todo). La autodeterminación es, en sentido primario y decisivo, un derecho fundamental del *individuo*, ese ser perpetuamente ignorado por el orden político, incluso por aquél, como el liberalismo, que dice defenderlo. Una suma de individuos autodeterminados -libres y, en consecuencia, responsables de sus actos, que les pueden ser imputados, nunca se olvida como resultado una sociedad autodeterminada, que será esencialmente libre. En este sentido, cuando Eslovenia y Croacia intentaron ejercer ese derecho y fueron castigadas por el ejército federal yugoslavo -prescindiendo de consideraciones fílicas y fóbicas del todo ideológicas a las que tampoco soy inmune: como cualquier ser humano que intenta ser decente siento aversión por los *ustachis*, aunque también me repugnan los *chetniks*- no estaban haciendo nada irregular ni insólito en el contexto europeo coetáneo, marcado por la caída del Muro de Berlín. Vuelvo a preguntar, ahora como entonces, ¿por qué unos europeos sí y otros no?

3. LA NOCHE DEL SIGLO

Este argumento, apenas esbozado, no contradice, sino que creo que refuerza los de Peter Handke, descalificado globalmente por ser "amigo de los serbios", los "malos" oficiales de la guerra de los Balcanes, por parte de medios de comunicación tan influyentes como los periódicos *Frankfurter Allgemeine Zeitung* o *Le Monde* (*Un viaje de invierno a los ríos Danubio, Save, Morava y Drina o Justicia para Serbia*, 1996). En el contexto maniqueo de los medios de comunicación dominantes, los "buenos" oficiales fueron, sin serlo en realidad, los bosnios, un grupo especial de eslavos que hablan serbocroata, que pertenecen al tronco serbio y que profesan la fe musulmana. ¿Es ésta una razón para que se les considere un pueblo? Ésta es sólo una de las incontables facetas que hacen irresoluble el problema, porque hay tantos argumentos para el "sí" como para el "no".

Una virtual aclaración reside en la historia: la conversión al islam, a lo largo de varios siglos, de algunos eslavos sometidos por el Imperio otomano y que, en razón de la misma, podían acceder a una vida civil y política plena dentro del ordenamiento legal musulmán, que excluye del mismo -como es bien sabido, aunque recordarlo suena mal- a los infieles, tanto monoteístas de los "pueblos del Libro" (*dimmíes*) como politeístas paganos (*harbi, kafir*). Para la totalidad de los eslavos cristianos -tanto católicos como ortodoxos- los bosnios musulmanes descienden de apóstatas y traidores, que consentían, entre otras cosas, la abyecta práctica llamada *devshirme*, el rapto institucionalizado de niños y niñas

de edades comprendidas entre los diez y los veinte años, que, a modo de tributo, engrosaban las filas del ejército y rellenaban los harenos turcos.

Pero, ¿qué clase de categorías políticas son éstas, en el tránsito del siglo XX al XXI, apenas comenzado? Pues bien, a la vista de la ¿guerra? -palabra prohibida y sustituida por "campaña"- de Afganistán, iniciada el 8 de octubre de 2001, resulta que sí lo son.

Por mi parte, al defender, a título personal y en los albores de la década de los noventa del siglo XX, el derecho de los eslovenos y croatas a autodeterminarse respecto de la Federación Yugoslava, no condenaba a los serbios ni a los bosnios ni a nadie, ni tomaba entonces ni tomo partido ahora por tal o cual nación, o ideología, o confesión religiosa, o alfabeto, o lengua. Lo digo abiertamente: nunca simpatiqué con Franjo Tudjman. Sólo condeno -y condenaré, siempre- a aquéllos que para ejercer o para impedir que se ejerza un derecho político emplean la violencia, en cualquier sentido. Handke se pregunta por los que iniciaron la contienda. "¿Quién fue el primer agresor?", se interroga con tono de denuncia. Y tiene razón al señalar el modo en que los serbios de Croacia pasaron, automáticamente, a ser ciudadanos de segunda en la República croata recién fundada.

¿Es ésta la auténtica raíz del conflicto? Creo que sí, pero el mal no reside en la autodeterminación, sino en la configuración de un Estado que practica la segregación nacional y étnica, además de religiosa y lingüística. Desde esta premisa, todos los asesinos, verdugos, genocidas, francotiradores, delatores, violadores, traficantes, terroristas, explotadores, que han tomado parte en la guerra de los Balcanes, son criminales y deben ser juzgados y castigados, sean croatas, eslovenos, serbios, albaneses, bosnios, macedonios, o lo que sea, categoría que incluye a todos esos combatientes extranjeros -mercenarios o no- que se desplazaron a la antigua Yugoslavia para ejercer sus infames "artes".

Yo, como Peter Handke, también pido justicia para Serbia, en tanto que este país no es el único culpable de una guerra tan vil como lo son todas las demás. Al pedir justicia para Serbia lo que pido, en realidad, es justicia para las personas normales y corrientes, atrapadas en una realidad perversa, tan indeciblemente malvada como escurridiza. Justicia para Serbia, es lograr, entre otras cosas y según mi particular punto de vista, que el juicio de Milóseviç por el Tribunal Internacional de Justicia con sede en La Haya se lleve a efecto con total eficacia. El juicio de Milóseviç no exime a ningún culpable; es demasiado fácil condenar sólo a un personaje visible, aunque sea el más visible. Pero reviste un enorme contenido simbólico, que redime a los no culpables -nótese que no empleo, en ningún caso, la palabra "inocentes"- de la atribución de culpabilidad colectiva otorgada por los medios de comunicación a los serbios en su totalidad.

4. SERIES DE IMÁGENES O IMÁGENES EN SERIE

En mayo de 1999 fui invitada a participar en un acto en contra de la guerra en los Balcanes. Acepté, como me parecía lógico. Nunca me informé sobre las personas que me acompañarían en la mesa, ni tampoco pregunté por los organizadores últimos de tal evento. Creo que nunca aprenderé a hacer ciertas cosas, por lo demás, las más necesarias, como se verá. Quizá. Por entonces, la guerra se desenvolvía en Kosovo. Yo estaba aterrorizada por las imágenes

que a diario veía en la televisión. Sentía repugnancia por todo. No estaba a favor de nadie oficialmente comprometido con la guerra y sí sentía una infinita -y, por lo tanto, inoperante- solidaridad con eso que llamamos "la gente". Estaba avergonzada y contrita, con un vago sentimiento de impotencia, de incapacidad personal.

En el fondo latía uno de los eternos, sustantivos y espasmódicos debates sobre aquéllo que impartí en la universidad y que se conoce como "relaciones internacionales", emparentadas con el derecho internacional en muchos más sentidos que los que ciertos medios académicos se empeñan en olvidar. Asomaba, una vez más, el viejo, el ancestral tema, de la "guerra justa", asunto capital en las reflexiones de los antiguos juristas y moralistas, bastante más sólidos que los actuales en algunos sentidos. El "derecho de la guerra" está hoy proscrito y resulta una realidad académica tan vergonzante que apenas nadie la menciona más que como referencia a un pasado, por otro lado, no tan lejano. Los juristas distinguen entre el *ius in bello* y el *ius ad bellum* y supongo que muchos se estremecerán al hacerlo. Pero, ¿qué clase de académicos son aquéllos que, en virtud de un convencionalismo -intuyo que instrumental- llegan casi a prohibir hablar del "derecho de la guerra" cuando la guerra es la realidad más tangible, por desgracia? ¿Acaso por no nombrar algo ello dejará de existir? Hablar de una realidad no significa justificarla.

Sí se publicaron por entonces numerosos artículos sobre las condiciones de la "guerra justa". En realidad, lo que había que justificar era la intervención de la OTAN, acaudillada por unos Estados Unidos presididos por Bill Clinton, a fin de pacificar una zona de Europa ante la que la Europa comunitaria era incapaz de presentar una política exterior común coherente y aún menos, de controlar. Estaban en juego los artículos 52, 53 y 54 de la Carta de Naciones Unidas, que confieren a los acuerdos y organismos regionales decisivas facultades de intervenir y resolver determinados conflictos internacionales. Pero, aparte de las diatribas jurídicas, la clave política residía en la dirección efectiva de las operaciones militares por parte de los Estados Unidos. Ya la gestión de los acuerdos de Dayton había puesto en evidencia que los antiguos yugoslavos desconfiaban del resto de los europeos, quizá porque seguían viendo -en Francia, en Alemania, en Austria, en Gran Bretaña, en Grecia, en Italia...- a los descendientes de los mismos que un día asistieron al nacimiento de la "patria de los eslavos del Sur", en 1918 (llamada "Reino de los serbios, croatas y eslovenos"). La "guerra justa" en los Balcanes -en Kosovo, en 1999- se justificaba por el aún embrionario "derecho de injerencia por motivos humanitarios", que, como se ve en los medios de comunicación, también se ejerce con significativa selectividad y resultados más bien mediocres, después del fracaso evidente en Somalia. El drama de los desplazados, refugiados, perseguidos kosovares, nuevos "buenos" oficiales frente a los serbios, o "malos" sempiternos, era ofrecido en la televisión y en la prensa con una notable ostentación de medios gráficos, testimonios grabados, artículos de fondo y publicidad de ONG variadas. El sufrimiento de los albaneses kosovares justificaba la intervención "occidental", la convertía en una "guerra justa", aceptable para una opinión pública volátil y eternamente desconcertada, adiestrada, en realidad, para pensar que lo que hoy es blanco sea mañana negro, y viceversa. Es decir, lo contrario de individuos autodeterminados, según he expuesto más arriba.

Respecto de la "guerra justa", en general, este concepto se asocia con el denominado "agustinismo político", una anticuada corriente de pensamiento que presenta connotaciones reaccionarias, en tanto que ostenta ciertos visos teocráticos para algunos. Lo cierto es que toda definición de "guerra justa" en Occidente alude a conceptos que algunos enuncian como "teológicos", si bien, en mi opinión, corresponden en mayor medida a las *mores*, es decir, a las costumbres, y también a la *dóxa*, u opinión generalizada, o doctrina. El empleo legítimo de la violencia se justifica, desde unas premisas que enuncio burdamente, como reparación de una injuria recibida. Al convertir los medios de comunicación en propia, en sentida como algo personal, la tragedia de los desplazados y refugiados albaneses y kosovares, todo occidental bienpensante -o que intentase pasar por tal, ya por debilidad intelectual o moral, ya por mera conveniencia social- la convertiría en una injuria recibida en las propias carnes, siendo exigible una inmediata reparación.

Toda guerra tiene algo de ficción. Esto lo saben bien los verdaderos estrategas, los inteligentes que no renuncian a la lectura de los antiguos: Sun Tzu, Tucídides, Julio César, Maquiavelo. No soy estratega sino profesora de universidad; quizá por eso estoy también en condiciones de leer a los antiguos. Por eso, cuando veía que los refugiados y desplazados kosovares, los más pobres y desvalidos de los pobres y desvalidos de toda Europa, respondían en un inglés que para sí querrían los habitantes de un barrio periférico de cualquier ciudad española, es decir, mejor que aceptable, a las preguntas del reportero de la CNN o la BBC, desconfié de lo que vi. No lo pude remediar. He nacido en un país llamado España que aún ostenta un grado considerable de analfabetismo, total y funcional, entre sus ciudadanos mayores de sesenta años. En este país llamado España y miembro de la Unión Europea desde 1986, provisto de un grado notable de desarrollo económico, social y cultural, aún hay mucha gente que no sabe inglés. ¿Cómo es posible que los campesinos y pastores kosovares sí lo hagan?

Como cualquier ser humano que intenta ser decente me aflige ver a la gente que sufre. Hice mío el sufrimiento de los refugiados y desplazados kosovares. Por eso estuve entonces, como cualquiera, dividida entre la aceptación de la intervención de las fuerzas internacionales al mando de la OTAN como un resultado de la "guerra justa", y el rechazo que me producía el imaginado padecer -porque de éste no había imágenes- de la bombardeada población serbia, sometida a la acción de los armamentos más sofisticados de la primera potencia militar del mundo. Una de las perversidades inherentes a la guerra es que bloquea el pensamiento; el corolario es que propaga una especie de apoteosis de la estupidez universal, imbuida además del infatuado sentido común de los partidarios de la misma. Por eso es fácil que si uno muestra en público algún mínimo sentimiento de compasión hacia unos seres que, misteriosamente, han empezado a ser considerados "enemigos", pase a convertirse también en enemigo, traidor potencial o, cuando menos, un "tibio cobarde pacifista".

La guerra se ofrece, a los ojos cegados de la mayoría, como un mal necesario. En mayo de 1999 yo fui invitada a un acto en contra de la guerra en Kosovo. Ya lo he dicho. También he mencionado que no pregunté por las personas que me acompañarían en mi intervención ni por los organizadores últimos del evento. Yo estaba entonces, como lo estoy ahora y lo estaré siempre, en contra de la guerra. Ésta es siempre *el problema*, nunca *la solución*. Y me encontré

con que, en medio del público, comenzaron a surgir manifestantes organizados, que agitaban pancartas pro-serbias. De modo que si uno rechazaba la intervención de la *OTAN-Estados Unidos* -cámbiese el orden de factores, si se prefiere- resultaba que estaba a favor de unos supuestos pro-serbios con visos de no haberse enterado de la caída del Muro de Berlín, ocurrida en noviembre de 1989, casi diez años antes.

Tengo edad suficiente como para no asustarme ni extrañarme de cosas como esta que me sucedió en mayo de 1999. Pero nunca tendré edad suficiente para callarme y no relatarlas. Di entonces un giro a mi pequeño parlamento y me puse a defender a la cultura albanesa, a la ancestral, la que está más allá de los Estados Unidos, y de la Unión Europea, y del liberalismo, y del comunismo, y del islam, y del cristianismo...La cultura albanesa es anterior a cualquier concepto de historia europea. Apenas pronuncié unas frases, pues me sentí totalmente vacía, como alguien que habla con un muro. Dejé de percibir la realidad de las personas que quizá estaban allí con intención de ¿escucharme? Sentí desaliento, aquél que invade a quien percibe que es visto como un instrumento, repetidor de lemas y consignas, propagandista de algo en tanto que puede ser presentado como no coincidente con aquéllo que se desea atacar.

5. PUEBLOS DESFIGURADOS, PUEBLOS TRANSFIGURADOS

Peter Handke habla de realidades simples y limpias cuando narra su viaje por Serbia. Menciona cosas como el frío, la bruma, la luna creciente, los mercadillos, los almiarés, unas cortinas anticuadas, las montañas, las curvas de carreteras empinadas, la ropa de invierno. Por supuesto, no se queda sólo ahí. Explora sus propios sentimientos sin indulgencia.

¿Pero no es, en última instancia, una irresponsabilidad -pensaba allí, junto al Drina, y lo sigo pensando aquí- venir ahora con los pequeños sufrimientos de Serbia, con el poquito de frío de allí, con el poquito de soledad, con minucias como los copos de nieve, los gorros, el queso para untar, mientras que al otro lado de la frontera impera el gran dolor, el de Sarajevo, el de Tuzla, el de Srebrenica, el de Bihac, un dolor medido con el cual las pupitas de los serbios no son nada? (obra citada, pp.133-134)

Esta reflexión es, por otro lado, casi tan universalmente válida como el imperativo categórico de Kant. Sirve para esclarecer la conciencia frente a cualquier situación de conflicto por parte de los que estamos en este lado de esa frontera que separa a las víctimas y a los espectadores.

En el ámbito de la intensa espiritualidad que impregna el mundo eslavo -y sé que esta generalización es peligrosa y por eso la enuncio con cautela- existen, en mi opinión, recursos que harán posible la regeneración de pueblos enteros, convertidos en víctimas de la guerra. Todas las guerras lo son, pero las más fratricidas de todas son las guerras entre pueblos hermanos. Y los pueblos eslavos, aun sin una conciencia clara de formar un universo propio, son hermanos por razones que trascienden a la semántica, a la lingüística, a la filología, al nacionalismo, al imperialismo. Lo son, principalmente, a causa de su hermandad espiritual, derivada de la fuerza escatológica de una religiosidad mal conocida en Occidente y que, en mi opinión, puede ser el cauce de una renovación de la conciencia moral arrasada por la guerra. En esta religiosidad

laten valores esenciales como son el amor, divino-humano y humano-divino, engarzado en un círculo de profundísima sensibilidad que abre, en pleno sentido dostoiévskiano, la vía de la salvación; la libertad creadora, que impulsa a superar la opacidad cotidiana con visiones de un mundo nuevo; la transfiguración de la cultura, convertida en experiencia mística que totaliza la comprensión del mundo; la vivencia trascendental del tiempo, elevada a categoría superadora de las contingencias históricas.

El principal "pecado histórico" -utilizo este desagradable término en tanto que pueda resultar inteligible en el plano coloquial- de las Iglesias ortodoxas ha sido su tendencia a considerar que el pueblo de Dios se confunde con la nacionalidad que la Iglesia en cuestión protege o exalta. No es momento ahora de profundizar en el fenómeno de las Iglesias ortodoxas autocéfalas, nacionales y cesaropapistas en muchos casos, instigadoras conscientes, en unos casos, e inconscientes, en otros, de bastantes de los virulentos nacionalismos balcánicos, o, más aún, eslavos en general. El universo ortodoxo se ha visto acosado, a lo largo de los siglos, por peligros externos - islam, catolicismo romano- frente a los que ha adoptado una actitud de cierre, de repliegue comunitario sobre sí mismo. Desde esta posición, en la mayoría de los casos, los patriarcas -sometidos a una estricta jerarquía o *taxis*- han actuado como etnarcas, imbuidos además a menudo de un sentimiento mesiánico respecto de su misión histórica, trasladada al gobernante secular en ocasiones. Este tema ha sido ampliamente estudiado y es bastante conocido; por otro lado, apenas existe institución religiosa en el mundo que no haya cometido pecados históricos similares.

Pero yo no me quiero referir aquí a iglesias oficiales e instituciones jerárquicas de ningún tipo. Lo que pretendo invocar, siquiera en forma mínima, es la capacidad regeneradora, revivificante, curativa, de la espiritualidad cristiana ortodoxa, entendida en su sentido más inmediato, simple, humano. Comprendo que mi argumento puede sonar extraño en los tiempos que corren y, sobre todo, en este lado del mundo. Pero ya lo advertí al principio: el espíritu que me guía es de la búsqueda de la *àlétheia*, esa verdad velada que intento desvelar y que quisiera que se revelase por sí misma.

Una constante en la experiencia religiosa ortodoxa es algo tan maravilloso como la experiencia de la luz, que, en el hombre, es iluminación. Va unida -y empleo el término sin prescindir del hecho histórico del movimiento social homónimo, florecido entre los siglos XVIII y XIX- al "amor de la belleza" (*filokalia*). La clave es la búsqueda del "lugar del corazón", entendido como meollo integrador del hombre en su totalidad. La "salvación por el amor" de Fédor Dostoiévsky se incardina plenamente en esta orientación, superadora del enfrentamiento entre razón y fe, sin ignorar, en ningún caso, la irrenunciable necesidad de aceptar con lucidez el fenómeno y la realidad de la ciencia positiva occidental, provista de un saludable espíritu crítico. En la *filokalia* no hay repliegues ni resentimiento, sino apertura consciente a cuánto de bondad, sabiduría, capacidad de progreso, ofrece la realidad humana. Las culturas no son vistas como compartimentos estancos sino como recipientes del saber universal, particularizado en términos históricos, aunque siempre transmisible.

No obstante, como movimiento social, la *filokalia* fracasó, sumergida en un torbellino que primero fue reaccionario, personificado en el sectarismo supersticioso asociado a la familia imperial rusa y ampliamente seguido por los

sectores más incultos de la población, y que luego fue revolucionario, al quedar suprimida la *intelligentsia* cristiana con el triunfo bolchevique. Sin embargo, pasado un siglo, bien cumplido en cuanto a su capacidad de generar sufrimiento, dolor y muerte en la humanidad -la cifra de las víctimas de las guerras del siglo XX roza la desmesura de los viejos cómputos hindúes- el amor de la belleza, la experiencia de la luz, la búsqueda del lugar del corazón son, porque pueden serlo, algo más que símbolos de salvación. Estos términos que subrayo son familiares para aquéllos que conocen y valoran las profundas bellezas, los tesoros de las culturas eslavas. Por esa misma razón, son también términos universales. Desde este binomio, que empareja admirablemente lo particular y lo universal en un lazo armónico, considero posible iniciar el camino de la reconciliación entre los pueblos desgarrados por la guerra y lograrlo además desde raíces propias. No se trata de imponer desde Occidente valores y supuestos ajenos a eso que con tanta ligereza se enuncia a veces como "alma eslava", sino de extraer, de su mismo fondo, aquella sustancia capaz de sanar y salvar a las comunidades, estableciendo criterios que permitan el perdón y la esperanza.

* * *

Concluyo este escrito con la referencia a algo tan esencialmente eslavo, ortodoxo, balcánico -qué pobres son las palabras a veces- como es un icono; en sentido literal, una imagen sagrada, más aún -en palabras de Jean Hani- "el perfecto ejemplo de arte sagrado" (*Mitos, ritos y símbolos. Los caminos hacia lo invisible*, 1992). La "divinización del hombre" es un término que a los occidentales nos suena como algo extrañísimo, sacrílego incluso. Sin embargo, entre personas del Centro y Este de Europa, veríamos alumbrar una especie de luz en sus miradas al oírlo. La "divinización del hombre" no significa su "endiosamiento", sino todo lo contrario: es el descubrimiento de la naturaleza divina en el hombre, aquélla que puede hacerle salir de sí mismo para encontrarse con los demás hombres y, eventualmente, con Dios. Por eso el cristianismo de los eslavos ha generalizado el binomio de la "Divino-Humanidad". El icono, como precisaron los Padres de Nicea, es la imagen del Dios Hombre y también el arquetipo del Hombre Dios. El icono retrata al hombre espiritual, restaurado en su estado primordial, desmaterializado, liberado de las leyes del tiempo y del espacio. El arte del icono es metafísico en tanto que se propone ir más allá de la realidad material. En él, la visión es contemplación que hace posible un conocimiento directo e intuitivo de una realidad trascendente, es un "soporte de intelección", en palabras que Jean Hani toma de H.Stéphane.

En los Balcanes los iconos fueron sustituidos por banderas y ahí comenzaron muchas de sus desgracias; se sacralizó lo que nunca debería haber adquirido esa categoría. Mi argumento no pretende ningún retorno a una sociedad o cultura ya obsoletas, sino el avance en la definición de símbolos que sirvan para construir primero el presente y luego el futuro. Propongo sanear la memoria como la mejor vía para imaginar lo que está por venir. El arte más difundido y mejor apreciado en el Centro y Este de Europa, el que además es el más popular -en tanto que conmueve por igual al campesino y al habitante de las ciudades, al analfabeto y al ilustrado- es el arte del icono. Su raíz griega se hizo bizantina y luego eslava, en un proceso de evolución histórica muy complejo y rico. Su capacidad de intelección y emoción simbólicas comprende a la mayoría de los pueblos y comunidades étnicas que componen el universo

cultural de esa parte de Europa, deshecha y rehecha constantemente en razón de desgraciados avatares históricos. Quizá alguien se extrañe de mi planteamiento, que consiste en lograr una especie de reconciliación a través de la universalidad del arte, visto como un lenguaje común. De modo más preciso, lo que propongo es la búsqueda consciente, deliberada, precisa, de *símbolos* comunes que, por la vía de la elevación, hagan posible hilar un nuevo tejido social y cultural que una lo desunido y restaure lo destruido. Y que, sobre todo, establezca cimientos sólidos sobre los que construir el futuro. Toda acción política se apoya, en primer y último término sobre el amplio sustrato de la cultura. Las culturas de los Balcanes forman, a su vez, una cultura común, que se expresa en ciertas constantes visibles en las diversas artes, formas de vida, talentos. Con independencia de la división territorial en Estados, los pueblos balcánicos forman la base de lo que hoy es Europa en su conjunto; son una de sus raíces olvidadas y sustantivas.

En todo icono, en su contemplación, queda restaurado el hombre en su condición primordial. La principal condición para lograrlo reside en la mirada, que será, siempre, una mirada de humildad e inocencia. Hombres y mujeres, personas, son -somos- los afectados por las guerras de los Balcanes, a uno u otro lado de ríos que una vez unieron y ahora separan. A la vista del Drina, o del Morava, o del Save, o del Danubio...no dejemos pasar la ocasión de hacernos adultos, como reflexiona Peter Handke, o de recuperar la inocencia, como desearía yo.